



TEATRO DE LA CIUDAD DE LAS PALMAS

EN GRAN CANARIA.



n el centro mismo de la población, y dando su frente principal á una plazuela cubierta de naranjos y otros árboles, se ha construido el hermoso teatro cuya vista presentamos hoy á nuestros suscritores.

Este edificio, compuesto en su mayor parte de piedra sillería, y adornado de columnas y chapiteles del mejor gusto, es uno de los que principalmente embellecen aquella población, y dan una idea aventajada del próspero estado en que se encuentra allí la arquitectura. Su fachada principal consta de noventa pies de línea y sesenta de altura, decorado el grupo central con un hermoso balcon que abraza los tres vanos de la entrada principal, y sostenido todo por ocho columnas de orden dórico, que hacen al mismo tiempo oficio de galería: una escalinata de tres peldaños se antepone á dicha entrada, y presen-
tan á todo el edificio una vista magestuosa é imponente.

La coronacion de este grupo central es un gracioso fronton triangular mas pesaltado que los martillos de derecha é izquierda, y que es lo que for-

ma el ático: la decoracion de dichos martillos consiste en dos fajas verticales en sus ángulos; y finalmente, termina el edificio una balaustrada con sus correspondientes pedestales, grandes jarrones de piedra, y en su cúspide una estatua que representa la Fama.

El interior del edificio corresponde exactamente con la parte exterior. Ademas del local destinado para teatro, y que se halla perfectamente adornado, existen grandes salones para el baile, vestuario de los actores y descanso de los concurrentes; llamando especialmente la atencion el gabinete de lectura, dispuesto con esquisito gusto, perfectísimamente iluminado y provisto de multitud de libros y periódicos nacionales y extranjeros. Hay ademas dentro del mismo edificio un elegante café, puesto con el mayor lujo, y provisto de todo lo necesario para el servicio de los concurrentes.

Los balcones y ventanas de este edificio por su parte trasera, dan á la hermosa Alameda, que cubierta todo el año de flores, presenta constantemente una vista encantadora.

En fin, el teatro de la ciudad de las Palmas en Gran Canaria (el único que existe en aquel Archipiélago), construido á imitacion y segun el modelo del de Variedades en París, puede competir con los mejores que existen, tanto por la solidez y belleza

AÑO X—7 DE SETIEMBRE DE 1845.

36

de su construcción, cuanto por la hermosura y buen gusto de sus adornos.



LOS TORNEOS.

Es un hecho digno de observación, que casi siempre se puede juzgar de las costumbres y del carácter de un pueblo, consultando qué clases de diversiones le placen más. Roma guerrera, donde todo respiraba energía, vigor, entusiasmo por los combates, se estasiaba ante un gladiador; y nuestros abuelos, asociando á su pasión por las armas un espíritu de galantería en que ni siquiera soñó la venerable antigüedad, no sabían hablar sino de justas y torneos.

La nobleza, educada entonces en los campos de batalla, pero no menos galante que marcial, amaba con furor los juegos militares. Cada castillo era una academia de caballerescas marcialidad. La juventud se formaba al mismo tiempo en la galantería y en el manejo de las armas, preparándose á figurar con lucimiento en los solemnes concursos, verdadera escuela de las militares proezas, á los cuales asistían como espectadores los más distinguidos caballeros de todas las cortes de Europa.

Los torneos inspiraban, pues, un interés privilegiado, y cuanto pertenecía á estos espectáculos se determinaba con mucha anticipación y con cuidado escrupuloso, que se extendía frecuentemente hasta los más minuciosos pormenores. El orden, la etiqueta, las ceremonias que debían observarse, todo se prevenía, y todo estaba reglamentado por costumbre ó disposiciones escritas. Vamos á presentar á nuestros lectores lo más importante que sobre esta materia nos han conservado las historias.

El derecho de celebrar un torneo era privilegio únicamente de los príncipes y de los grandes señores, y aun para usar de este privilegio debía sujetarse á las disposiciones que marcaba la ley. Estas solemnidades solían tener lugar en ocasión de fiestas y regocijos públicos, nacimientos, matrimonios ó coronaciones de príncipes. Cuando se resolvía dar un torneo, el señor que quería celebrarle enviaba un cartel; inmediatamente salían á recorrer las provincias reyes de armas y heraldos, proclamando en los parajes más públicos de cada población, y en los términos más fastuosos, el día y las condiciones del torneo, los premios destinados para los vencedores, y los nombres del señor que le celebraba y de los jueces que habían de presidir. He aquí poco más ó menos la fórmula:

«¡Sus! ¡Sus! señores, caballeros y escuderos, sabed que se prepara una grande justa. Disponeos

para venir á mostrar nobleza y caballería, y adquirir honor en aquesta gran jornada.»

Los príncipes, los señores, los guerreros de más nombradía, eran nominalmente convocados. La lid se abría para todo caballero, escluyendo, sí, á los que por su conducta reprehensible se hubiesen hecho indignos de figurar en tan nobles asambleas.

Transmitiéndose en breve de boca en boca la noticia, se difundía rápidamente de comarca en comarca. El entusiasmo se apoderaba de los corazones, y desde aquel momento no se omitía ningún esfuerzo ni cuidado para perfeccionarse en el manejo de todas las armas permitidas, y conquistar los premios ofrecidos al valor.

Todo se ponía en movimiento al aproximarse el día señalado. Véanse por los caminos públicos, príncipes, grandes señores, caballeros, escuderos, caballos y equipajes. Hasta las damas de primera gerarquía, acudiendo á veces desde tierras lejanas, realizaban con su presencia el brillo pomposo de tan ruidosas solemnidades. El día anterior al torneo se consagraba particularmente á pruebas individuales, á que eran admitidos los jóvenes que aspiraban á ser armados caballeros. Estas pequeñas justas se llamaban ensayos, y se reputaban por necesario preludio é indispensable preliminar de convocación para la fiesta del día siguiente. También se daban premios en las pruebas ó ensayos, y si alguno de los que figuraban en ellos lograba marcarse con aplauso, adquiría de hecho el privilegio de presentarse en el gran torneo á medir sus fuerzas con los caballeros, siendo reputado desde luego como tal, y gozando de todos los honores de la caballería.

Bien que los caballeros tuviesen en general derecho á parecer en las justas, se hacían muchas veces investigaciones escrupulosas sobre su nacimiento y conducta, y si de ellas resultaba mancha en su honra, no podía justar. Determinábase día y hora para que espusiesen á la curiosidad general, en paraje público, sus respectivos blasones. Los heraldos proclamaban el nombre de cada uno de los blasones espuestos; y si había entre aquellos alguno de quien una dama tuviese queja, elevándola esta á los jueces del torneo, se recibía inmediatamente la información posible, y resultando culpado era irrevocablemente escluido.

Aun después de todas las indicadas formalidades, recorrían los heraldos el campo, diciendo en alta voz, que se retirasen todos aquellos cuya nobleza no contase lo menos tres generaciones. Los que se hallaban en el caso de esta esclusión ó de cualquiera otra, y sin embargo se atrevían á entrar en la lid, eran cruelmente maltratados. Caía sobre ellos una lluvia de golpes, y provocados á veces por las damas, para castigo de la insolencia y temeridad. Entonces el culpado debía implorar la clemencia del bello sexo, único recurso para salvar la vida.

Se reconocían escrupulosamente las armas y no se permitían otras que las llamadas *inocentes*, sin corte ni punta. Con estas circunstancias se usaban

lanzas, espadas, mazas, hachas y dagas para ofender; y armadura completa con yelmo y broquel para defenderse. Cuidábase mucho de que todas estuviesen exentas de encantamiento y maleficio; y la creencia supersticiosa de aquellos tiempos inducía á los jueces de un torneo á practicar sobre este extremo ridículas formalidades.

El campo estaba circuido por una doble barrera, en cuya línea exterior se preparaban para los espectadores papellones, tiendas y gradas con adornos magníficos.

El día antes de la fiesta se ponían en movimiento, antes de amanecer, actores y espectadores. Los jueces, los conservadores del campo, los reyes de armas, heraldos y otros encargados de hacer guardar el ceremonial y leyes de las justas, ocupaban sus respectivos lugares. Había también oficiales á quienes les estaba particularmente cometido observar todos los pormenores del combate, para hacer luego ante los jueces fiel relación de las hazañas de cada caballero, y estos mismos oficiales les decían en voz alta al entrar en el campo; acuérdate de quién descienes y no desmientas tu linaje.

Asistían igualmente músicos para anunciar la llegada de los justadores y proclamar al vencedor.

Entraban en el campo perfectamente armados, seguidos de sus escuderos, todos á caballo, caminando á paso corto con grave y magestuoso continente. Algunas veces se presentaban las damas en el recinto del campo con los caballeros, llevándoles aprisionados con una cadena, que se les quitaba en el momento de acometer. Cada caballero nombraba siempre al entrar en la lid la dama, cuyo servidor y esclavo se confesaba. Este título era tenido por el mas honorífico blason, juzgándose conquistado á fuerza de valor y denuedo; y se miraba como prenda segura de la victoria, al mismo tiempo que como infalible garantía de los caballerescos procedimientos durante el combate, para no cometer falta que pudiera mancillarle.

Al permiso de honrarse con aquel dictado, solían añadir las damas lo que se llamaba favor, dando una joya en señal. Consistían estas en una pieza cualquiera que separaban estas de su vestido ú tocado, y á veces en alguna obra de sus manos delicadas.

El favorecido caballero adornaba con aquellos objetos su yelmo, su lanza, su escudo ó su pecho; y al paso que por este medio se inflamaba el valor de los justadores, se hacia mas fácil reconocerlos en el calor de la pelea.

Estas prendas de imponderable estimación, pasaban á veces durante el combate á poder de uno ó mas enemigos, ó se estraviaban por otro accidente cualquiera, las damas enviaban nuevos favores en este caso á los caballeros para consolarlos y reanimar su valor; y afirman algunos caballeros antiguos, que hubo torneos en que las damas llegaron á olvidar la decencia y pudor natural de su sexo, despojándose de parte considerable de sus vestiduras que rasgaban y arrojaban á la lid.

Es difícil presentar una descripción de los juegos usados en los torneos; pero se puede asegurar, según la historia, que cuantos movimientos se hacían en los sitios, asaltos y batallas, eran aproximadamente representados: marchas, contramarchas, evoluciones; ardidés militares de la época: nada se omitía.

Unas veces batallaban los caballeros en cuadrillas: otras uno con otro, cuerpo á cuerpo. Cuando peleaban en cuadrillas, se reforzaban estas sucesivamente por pelotones iguales á medida que lo exigía la necesidad, y terminaba la fiesta por un combate general, que se llamaba *la justa de las damas* y les estaba exclusivamente dedicada.

No será fácil formarse aproximada idea del entusiasmo con que se ejecutaban estos simulacros militares. Al aspecto de los combatientes hubiera podido creérseles animados de un odio implacable que los llevaba á lanzarse unos contra otros con el mas inaudito furor. El deseo de agradar á *la señora de su pensamiento*, exaltaba el ardimiento de los denodados paladines, para hacerse dignos de la hermosa mano que debía ser recompensa de inclitas y admirables hazañas.

Los espectadores tomaban en todo el mas vivo interés. Las damas seguían con la vista los movimientos de los respectivos caballeros: cada estocada, cada golpe de lanza sobresaltaban y estremecían los corazones de las hermosas, haciéndoles prorrumpir en gritos análogos á sus temores ó esperanzas, y la multitud coronaba con aplausos ruidosos la destreza y denuedo de los justadores que mas se distinguían.

Terminado el combate, se adjudicaba con severa imparcialidad el premio ofrecido. Reuníanse los jueces, eran oídos sobre todos los pormenores del torneo los reyes de armas, los heraldos y otros oficiales, las damas no tenían voto deliberativo en la adjudicación de los premios, pero se les consultaba para determinar.

Proclamábase á son de trompetas el nombre del caballero declarado vencedor por los jueces. Acto continuo era conducido ante las damas, y una de ellas le entregaba el premio designado, permitiendo en varios países las costumbres y leyes, que la dama al hacer entrega del premio al campeón victorioso, le saludase con el *ósculo* del triunfo; atributo glorioso y seductor de tan honorífica recompensa.

Si se examina filosóficamente la historia de aquellos tiempos, no se podrá menos de convenir en la influencia que tales usos deberían tener para provocar la emulación mas notable en todos los corazones generosos. La juventud no pensaba mas que en hazañas; y para llegar á señalarse dignamente, no abandonaba ni un momento las armas, esforzándose á perfeccionarse en su manejo. Y como los torneos eran palestra gloriosa donde se hacia la prueba práctica mas completa y satisfactoria de los respectivos adelantamientos, se veía con frecuencia

que de provincias y reinos remotos, acudían innumerables campeones á ganar prez y fama de destreza y esfuerzo.

La pasión pública por los torneos era una especie de delirio, y aunque ordinariamente principiaban al salir el sol, solían no terminarse sino cuando la falta de luz hacía imposible la continuación. Sucedia con frecuencia quedar suspendido el combate, renovarse al día siguiente, y durar á veces tres ó cuatro consecutivos, sin mas interrupción que la que la noche hacía indispensable.

En tan empuñadas luchas, por mas precauciones que se tomasen, ocurrían desagradables accidentes. Estaba espresamente prohibido herir el caballo al enemigo, llevar la lanza con otra dirección que la del rostro ó pecho, atacar á un caballero si alzaba su visera, reunirse muchos contra uno etc. Si por inadvertencia faltaba alguno á lo prevenido, el llamado *campeon de las damas*, que asistía armado con una larga pica, en cuya punta ondeaba una toca mugeril, bajaba sobre el yelmo del distraído caballero aquel símbolo elocuente de la clemencia del bello sexo.

Rara vez dejaba de turbarse la alegría general con alguna ocurrencia lastimosa, y solo en un torneo celebrado en Nuys, cerca de Colonia, en 1240, perecieron mas de 80 caballeros principales.

Introdujose en estos espectáculos famosos otro abuso de muy funestas consecuencias. Familias ricas y opulentas quedaban arruinadas por los enormes gastos que el lujo y la magnificencia de tales solemnidades prescribían. La suntuosidad, y la profusión de algunos Príncipes y grandes señores no tenían límites. Hacían consistir algunos el honor tanto como en la bravura y destreza, en la riqueza, en el esplendor de sus armas y trajes, en el fausto y la crápula de sus mesas, en el número de sus criados, en la pompa de sus soberbios equipajes. Rivales unos de otros, se entregaban á la mas estravagante prodigalidad. En un torneo dado en Beauchaire en 1174 por el Rey de Inglaterra, que no asistió, y al cual concurrieron diez mil caballeros, uno de estos, llamado Bertran Raimbaux, hizo labrar el campo despues del combate, y sembró en el treinta mil monedas de oro. Otro caballero que concurrió con un séquito de cuatrocientos campeones, previno que para preparar el servicio de su mesa, no se usase otro fuego, durante las fiestas, que el producido por antorchas. Por último Raymound de Veneul, haciendo alarde de una suntuosidad sin ejemplo hasta entonces, quemó, finalizado el torneo, los 30 caballos que había hecho conducir para su uso.

Los innumerables desórdenes de todo género á que sucesivamente fueron dando márgen aquellas reuniones, motivaron las censuras eclesiásticas, y el Vaticano fulminó sus rayos sobre los torneos, sin conseguir el objeto.

Varios Concilios pronunciaron pena de excomunión contra los justadores, y también contra aque-

llos que les diesen campo; pero la nobleza europea, mas guerrera que devota, no renunciaba por esto á los ejercicios militares que formaban su delicia. Los príncipes interpusieron por fin su autoridad, é hicieron leyes severas, de acuerdo con las censuras eclesiásticas; pero como al tiempo mismo que prohibían los torneos en sus dominios respectivos, los favorecían en los ajenos con su personal cooperación, las disposiciones adoptadas quedaban sin efecto, y las justas seguían protegidas por el espíritu y las costumbres dominantes de la época.

Los anatemas de Pontífices y Concilios, la progresiva decadencia de la caballería, la desgraciada muerte de Enrique II de Francia, ocurrida en un torneo en medio de su corte, y el trágico fin del Príncipe Enrique de Borbon, que pereció en el celebrado en Orleans en 1560, hicieron perder á aquellos juegos peligrosos la ilusión con que habían sido mirados en Europa.



CARRERAS DE CABALLOS EN ROMA.



Las carreras de caballos es una de las diversiones favoritas de los romanos durante el carnaval, el cual suele durar ocho días. Estas son en Roma diferentes de las de otros países, en donde se admira la agilidad y destreza de los ginetes, como la velocidad de los animales que corren: pocas fiestas habrá en que el pueblo bajo tome tanto interés como en esta. Hay una especie de caballos berberiscos destinada para estos ejercicios; estos son conducidos al circo con las cabezas y cuellos adornados de cintas y plumas de avestruz. Cada caballo lleva una cincha con varias correitas adornadas á su cabo con bolas de plomo y unas puntas de acero, las cuales movidas en la carrera, son otros tantos látigos y espuelas que le acosan terriblemente: y por si esto no bastase, ponen también tiras de lata, carton y otras cosas semejantes, que ademas del ruido de las sonajas, golpean al animal y aumentan su espanto. Si en lugar de estos artificios los hubieran adiestrado como hacen en otras naciones, la naturaleza mostraria entonces las cualidades con que ha dotado al mas hermoso de sus cuadrúpedos.

Una maroma estirada por una máquina es la valla que detiene á los animales en el fin de su carrera: los mozos que los conducen llamados *Trasteverini*, son bien formados y de unas fuerzas musculares, y teniendo que forcejear mucho para detener el impulso fogoso de los animales, sus esfuerzos y actitudes presentan una bella escuela de modelos al estudio de un pintor. El no haber ginetes que cor-

ran estos caballos, aparecerá laudable á primera vista, evitando de este modo las desgracias que son consiguientes á este género de diversion.

Preparado todo para la carrera, un piquete de caballería se coloca al estremo de ella, y hacen separar la gente á ambos lados. Luego que suena el clarín los mozos sueltan los caballos, y estos parten como saetas disparadas del arco. Cuanto mas corren tanto mas les estimulan las bolas punzantes, creciendo la furia de los animales hasta perecer desesperados de rabia; habiéndose notado á muchos que se han parado en la mitad de la carrera y se han arrancado á bocados la causa de sus martirios.

El gobernador de Roma es el presidente de estas carreras, el cual tiene colocado su balcon al estremo del circo, que es frente al palacio de Venecia.

El premio ganado por el dueño del caballo vencedor es una pieza de brocado ó una bandera de triunfo muy adornada.

Algunos de los caballos berberiscos usados en estas ocasiones por los romanos, son muy lindos animales, bien formados y vivos, pero como corredores son inferiores á los pampas de Buenos Aires, y mucho mas á los caballos ingleses. Aunque las apuestas son tan comunes en otras partes, donde se pierden gruesas cantidades, causando la ruina de muchos, en Italia son muy raras, siendo indecible el interés que los romanos toman por las carreras. Un tremendo ruido de bravos capaz de oirse á larga distancia, muestra la aprobacion por el caballo mas ligero, cuanto horribles silbidos son la parte que les toca á los que quedan detrás.



EL DILUVIO.

Faltó el dedo de Dios que en las alturas sostiene la armazon del firmamento, rodó de la eminencia á las llanuras la soberbia columna del cimientó; y las inmensas moles inseguras chocándose en el aéreo pavimento, anuncian con horror á los mortales el momento final de tantos males.

Tiéndense gigantescos nubarrones Por la estension azul del firmamento, formando denegridos pabellones que ensancha y bate sin cesar el viento; presto la lluvia cubre las regiones donde la raza humana tiene asiento, y reina solo en su comarca humbría, noche temprana y gritos de agonía.

A la voz poderosa del Potente vacila el universo estremecido, y todo á sus decretos obediente, de sus acentos todo suspendido, temblando aguarda el pueblo delincuente, en un estrecho círculo reunido, el rayo de su cólera divina, que presto ya á estallar, se le avecina.

Sonó la voz del Dios por siempre santo;

y á el eco de su acento poderoso recorrióse del cielo el negro manto, volviendo á lucir puro el astro hermoso. El pueblo lleno de terrible espanto, desde el trono del cielo magestuoso, oye sonar en notas celestiales las palabras de Dios á los mortales.

«Hijos de Adán, les dice con acento que escucha el universo consternado, «atended mis sentencias; un momento «tan solo de existencia os ha quedado, «mas aun podeis á el alto firmamento «vuestro espíritu alzar purificado, «aun salvacion os queda, si contritos «lamentais con dolor vuestros delitos.»

Mas el rebelde pueblo al ver ya pura la luz del sol, tornóse á la alegría, al Dios desdeña que su muerte augura, y desoye su voz solemne y pia: volvió á inundar los aires sombra oscura, volvió á cubrir el cielo niebla fria; y el gran pueblo otra vez estremecido vuelve á elevar universal gemido.

Cual se vé sumergido bajel roto de súbita borrasca á los azares, en las aguas sin velas ni piloto; la tierra así sus formas circulares va sumergiendo, hasta que ya remoto

un punto deja ver solo en los mares,
que desaparece al fin, formando el suelo
no mas que un mar en que se copia el cielo.

El pueblo pereció.... la humana gente
al ser antiguo queda reducida;
las leyes de su Dios burló insolente
y en ancho lago pereció sumida:
cesaron los horrores, voz doliente,
melancólica y vaga sumergida
gritaba desde el fondo del abismo....
«El pueblo infiel se asesinó á sí mismo.»

En medio de ese mar soberbio y grande
una barca no mas boga indecisa,
ni remo ni timon hay que la mande
y no lleva bandera ni divisa:
¿á dónde vá? ¿Tierra por mas que ande
dónde hallará?—Mas boga y boga aprisa,
que es el piloto que la rige esperto,
y sabe que ha de hallar seguro puerto.

«Noé (clama el Señor) hijo querido
vuelve á mis brazos, vuelve sin pavora;
con tu fé y con tu amor solo has podido
salvarte de esa inmensa sepultura:
tú fuiste de tu Dios el elegido;
sal de tu nave, vuela con presura;
el mundo es tuyo, puebla sus regiones
y conquistame pueblo y corazones.

L. VILLANUEVA.



DIVISION DEL TIEMPO.

EL CALENDARIO.



Las divisiones del tiempo que se hallan en todos los *calendarios y almanques*, están clasificados en dias, semanas, meses y años; pero el modo de determinar estas divisiones es muy diferente entre las naciones de la antigüedad, y aun entre algunas de las modernas. Los judios antiguos, así como los que ahora se hallan esparcidos por varias partes del mundo, cuentan el dia principiando á una cierta hora de la tarde, que concluye á la misma hora de la tarde del dia siguiente; esta misma costumbre se usa en el ritual y oficios de la iglesia católica. Los italianos, así como los polacos y bohemios, principian á contar el dia, media hora despues de ponerse el sol, y siguen contando veinte y cuatro horas, hasta media hora despues de ponerse el sol del dia siguiente; así en 21 de marzo y setiembre, la una principia á las seis y media de la tarde entre nosotros; á las doce y media de la noche, llaman ellos las seis; á nuestras seis y media de la mañana llaman las doce, á las doce y media del dia, llaman las diez y ocho, y á las seis y media de la tarde concluyen las veinte y cuatro horas. En junio la una en Italia es á las nueve de la noche entre nosotros, á medio dia

llaman las diez y seis: en diciembre la una de los italianos principia á las cinco entre nosotros, y á media noche cuentan las siete, á nuestro medio dia llaman las diez y nueve, y á las dos de la tarde llaman las veinte y una.

Este modo de contar las horas del dia, por extraño que parezca á los demas europeos y americanos, es considerado conveniente en Italia, diciéndose que así sabe cada uno lo que le queda del dia para sus negocios; tal es el efecto del hábito ó de las primeras impresiones. En Roma, Florencia y Milan, la mayor parte de los relojes públicos, señalan ahora las horas como los nuestros.

A escepcion de Italia, Polonia y Bohemia, todas las naciones que profesan la religion cristiana, comienzan el dia civil á las doce de la noche, concluyendo á la media noche siguiente. El dia astronómico en los almanaques náuticos comienza á las doce del dia, cuando el sol llega al meridiano, y concluye á las doce del dia siguiente; esta advertencia será útil á alguno de nuestros lectores, si llegaren á leer cálculos astronómicos para eclipses, tránsitos de planetas, etc. Por ejemplo, si se leyere que un astro estará en conjuncion con otro en 10 de enero á las quince horas, deberá entender el lector que la conjuncion ocurrirá en 11 de enero á las tres de la mañana.

Los antiguos romanos dividian el dia en cuatro partes principales: la prima, que duraba desde las seis de la mañana hasta las nueve; la tercia; desde las nueve hasta las doce; la sesta desde las doce hasta las tres de la tarde; y la nona, desde las 3 hasta las 6. Este modo de contar el espacio del dia se ha conservado en la Biblia Vulgata, particularmente en la Pasion de Cristo. La noche era dividida en las mismas cuatro partes.

Los mahometanos dividen la noche en doce horas, la una principia al ponerse el sol, y dan las doce al salir por la mañana; y luego cuentan otras doce horas hasta volverse á ocultar el lumínar. En setiembre y marzo las horas del dia y de la noche son iguales; pero en invierno las horas de la noche son mucho mas largas que las del dia; y en verano las horas del dia duran mas que las de la noche.

Los chinos dividen el dia en solo doce horas, principiando la una á las once de la noche; á las once del dia llaman las seis, y á las once de la noche siguiente concluyen las doce. Este método es algo semejante al nuestro, con la deferencia de principiar el dia civil una hora antes que nosotros, y dar á cada hora el espacio de 120 minutos; dividiendo cada hora en cuatro cuartos, cada uno de los cuales es tan largo como media hora nuestra.

El modo de medir la duracion de una hora, fue sin duda muy imperfecto en los tiempos muy remotos, no habiendo quedado ninguna tradicion de mecanismo alguno que sirviese de reloj, y aunque habria sin duda muchos climas hermosos con un cielo casi siempre sereno, donde la sombra de un gnomon, ú otro cuerpo fijo, pudiera señalar exac-

tamente el curso del sol, no se sabe que hubiese sido inventado instrumento alguno para medir el progreso de la sombra; por lo que es probable que la única division del tiempo usada por los antediluvianos, era la distincion palpable del amanecer, del medio día y del anocheecer; porque si hubiera habido algun otro método, Noé y su descendencia le hubieran perpetuado. El primer instrumento que se halla mencionado en la historia antigua para medir el tiempo, es la clepsidra. Esta era sin duda una vasija con un pequeño agujero en el fondo, por el cual corría una cierta cantidad de agua, durante una hora por ejemplo, volviéndola á llenar sucesivamente. Este método seria semejante á nuestros relojes de arena, pero careciendo los primitivos habitantes del cristal trasparente, la vasija del agua estaria abierta. Los habitantes del Indostan, usan todavia un especie de relój semejante, porque la variacion en la duracion de las horas de las ocho velas en que dividen el dia civil, no les permite el uso de nuestros relojes. Las ocho velas están divididas en 60 goris, cada gori tiene 24 minutos. Una copa de metal con un agujerito en el centro, puesta en una vasija de agua, se va llenando por su propio peso, hasta que cae al fondo, y este es el tiempo de un gori ó 24 minutos; entonces la persona que hace la vela golpea una basija grande de cobre como una paila, y cada golpe denota un gori; este es su relój de campana, suficiente para un pueblo pequeño; pero muy inconveniente, porque se necesitan seis ú ocho hombres para el manejo de cada uno de estos relojes gloriales.

Casi todas las naciones antiguas y modernas han arreglado el mes por las revoluciones de la luna, siendo el periodo mas fácil de averiguar por el solo aspecto de este satélite. Los primeros habitantes de la tierra no podian dejar de haber observado muy pronto la regularidad y frecuencia de los varios cuartos de la luna; los que tenian la tradicion de descansar en el sétimo dia, como los Israelitas, hallarian una señal simple, exacta y universal en el nacimiento, la creciente, el lleno y la menguante de este segundo lumínar, y aun aquellos que no habian recibido esta tradicion, arreglaron sus periodos por las lunas nuevas que contaban. Los caldeos, griegos y romanos antiguos; los mahometanos y árabes; las naciones africanas y tribus americanas, no tienen hasta ahora otros cálculos de tiempo que las lunas, y las noches de cada cuarto. Los egipcios y atenienses contaban los meses tambien por lunas; y para seguir al mismo tiempo al año solar, añadian los dias de diferencia al fin de cada año: ó daban trece meses á cada tercer año; pero como este método, aunque simple en la division, está sujeto á variaciones en algunos años, las naciones modernas mas instruidas en la astronomía, han adoptado la division de los meses por las revoluciones del sol.

La division del mes en semanas es muy antigua, y ha sido adoptada por casi todas las naciones; á

escepcion de los antiguos griegos, de los persas y mejicanos. La semana tuvo principio entre los caldeos, los que dieron á cada dia el nombre de uno de los siete planetas: al primer dia le llamaron dia del sol, apelacion que los ingleses conservan todavia; pero habiendo cambiado los primeros cristianos en el de Dominica, ó Domingo en español, este nombre ha sido mas generalmente adoptado por las naciones Europeas; el segundo dia es lunes, ó dia de la luna; el tercero es miércoles, ó dia de Márte; el cuarto es miércoles, ó dia de Mercurio; el quinto es jueves, ó dia de Júpiter: el sexto es viernes, ó dia de Venus; y el sétimo es sábado, ó dia de Saturno. Los judios principian la semana por el sábado, y como la noche es entre ellos la primera mitad del dia redondo, segun el sentido literal de la narracion Mosáica, la fiesta del sábado principia á las seis de la tarde del viernes. Los mahometanos principian la semana en el viernes, siendo el jueves el último dia. La liturgia romana distingue los dias de la semana con el nombre de Feria primera, segunda etc. Los romanos dividian el mes en Calendas, Nonas é Idus; llamando al primer dia de cada mes calendas, nombre derivado de una palabra que significaba llamada, porque los Pontífices tenian la práctica de llamar al pueblo en el primer dia de cada mes, para informarles de los dias de fiesta que habian de guardar en el curso de aquel.

Concluiremos este artículo, manifestando la diversidad que se nota en cuanto á los dias festivos ó de descanso en varias naciones ó paises. Los peguanes observan el lunes, los malabares el martes, en Guinea el miércoles, los hindos el jueves, los mahometanos el viernes, el sábado los judios y nosotros los cristianos el domingo.

Es imposible averiguar el exacto tiempo en que empezó el verdadero año solar, ni quien fue su inventor. Los sacerdotes tebanos pretendieron la gloria de haber hecho este descubrimiento; lo cierto es, que este método fue introducido en Grecia por Platon, á quien un sacerdote egipcio se lo habia revelado. Los griegos, sin embargo, no se sirvieron del año solar para arreglar su año civil, como se hizo despues en Roma en tiempo de Numa Pompilio; Rómulo dividió el año en 10 meses, cuatro de 31 y seis de 30, haciendo todo el año 304 dias. Un método tan poco acertado no podia durar por largo tiempo, y así, Numa añadió poco despues cincuenta dias, y tomando otro dia de cada mes de los de 30, formó otros dos meses mas. Luego se advirtió la conveniencia de dar 365 dias al año, y con las 6 horas que restaban en cada año se hacian varias intercalaciones. Algunas de estas intercalaciones fueron olvidadas por la negligencia de los Pontífices, á cuyo cargo estaba el cuidado del *calendario*, de modo que el año civil en tiempo de Julio César, habia retrocedido el espacio de 90 dias del verdadero tiempo del año solar.

El sábio Sosígenes se ofreció á aquel Empera-

dor para hacer la correccion, y aprobado su plan, se reformó el calendario en el año 46, antes de Cristo, llamándole el primer año Juliano. El año, así reformado, constaba de doce meses, haciendo 365 días, y con el exceso de las seis horas que hacían un día en cuatro años, había un año compuesto de 366 días llamado por los romanos Bissextile, y Bisiesto por nosotros. Esta correccion del calendario, aunque estremadamente simple é ingeniosa, estaba todavía imperfecta, estando fundada en la suposicion de que el año solar consistía en 365 días y 6 horas, en lugar de 365 días, 5 horas, 48 minutos y $45\frac{1}{2}$ segundos. La diferencia entre el año Juliano y el año solar verdadero, era, pues, de 11 minutos y $14\frac{1}{4}$ segundos, formando un día de diferencia en el espacio de 130 años. Esta imperfeccion del calendario Juliano fue considerada en el Concilio Niceto, congregado en 325, y se halló que el equinocio de marzo, en aquel año ocurrió el 25 de marzo en lugar del 21, á donde fue fijado aquel año por el Concilio. La necesidad, pues, de alguna reforma en el calendario, era ya tan manifiesta, que se consideraba necesaria, y aunque varias veces se tomó en consideracion, no fué efectuado este objeto tan deseado hasta fin del siglo XVI. El Papa Gregorio XIII llamó á Roma los astrónomos y matemáticos mas hábiles en aquel tiempo, para tratar sobre este asunto tan importante, y despues de diez años de conferencia, fue preferido el plan propuesto por Luis y Antonio Lilio, dos hermanos de Verona, mandando copias de este plan á todas las universidades de los países católicos en 1577. No habiéndose hallado en el espacio de cinco años dificultad alguna contra el método de reforma propuesto, el nuevo calendario Gregoriano fue substituido por el antiguo Juliano en virtud de un breve pontificio, decretando que el equinocio vernal fuese puesto en el día 21 de marzo de aquel año, en lugar del día 11 donde caería segun el calendario Juliano; y que los 10 días de diferencia que habia por esta mudanza, fuesen quitados del mes de octubre de 1582. Al mismo tiempo era necesario tomar algun medio para evitar en cuanto fuese posible toda la diferencia que pudiera ocurrir en lo sucesivo entre el año civil y el año solar, y para esto quedó determinado, que en lugar de intercalar un año en cada siglo, no se intercalase sino de cuatro en cuatro siglos, hallándose que por este arbitrio todo el error ó diferencia que podrá ocurrir en el largo espacio de 5,000 años, no será mas que de un día y medio.

Esta reforma fue inmediatamente introducida en España, Portugal y parte de Italia; pero en Francia no fue adoptada hasta el mes de diciembre del mismo año, suprimiendo 10 días en aquel mes. Los Estados católicos de Alemania adoptaron el nuevo calendario en 1583; pero los Estados protestantes movidos de un celo ciego y pueril contra todo lo que dimanaba de la Iglesia católica, resistieron la nueva reforma, hasta que la inconveniencia continua del método antiguo, indujo á los protestantes

alemanes á adoptar el calendario Gregoriano. Los ingleses preocupados de un odio aun mas implacable contra los Papas y nombre de Roma, continuaron el estilo antiguo hasta el año de 1752, cuando el Parlamento, no sin grande oposicion del público, pasó un acta mandando que el día 3 de setiembre fuese contado el 14, y así quedó introducido el mismo estilo; y Dinamarca y Suecia hicieron lo mismo al año siguiente de 1753. Los rusos son los únicos que siguen todavía el estilo antiguo; pero la progresiva civilizacion de aquel país, y las estrechas relaciones que la corte de Petersburgo tiene con las demas naciones europeas desde el principio de este siglo, les inclinarán de aquí á pocos años á conformarse con un estilo universalmente adoptado en todo el cristianismo.

MISCELÁNEA.

—*Dramas antiguos.*—En el siglo X, Roswita, religiosa benedictina de Grandessheim, compuso en latin bárbaro seis dramas intitulados: *Dulcitiis*, *Callimachus*, *Abrahamus heremita*, *Paphnutius*, y *Tides, spes et charitas*. Los argumentos de tales piezas, y la calidad de la autora, hacen creer que las compuso para representarse en el templo y delante de un escogido auditorio.

—*Los visogodos.*—Al empezar el siglo V ocuparon los visogodos una parte de España, y en los sucesivos, (vencidas otras naciones bárbaras) la dominaron toda. Cuando entraron en ella hablaban con mas ó menos propiedad la lengua latina, puesto que habia ya mas de medio siglo que atravesando el Danubio se habian establecido en varias provincias del imperio, primero en calidad de refugidos, despues como aliados, y por último como enemigos y conquistadores. La mayor parte de su nobleza gótica, habia recibido su educacion entre los romanos. Así es que cuando llegaron á internarse en España, su lengua y sus costumbres eran las mismas que tenían los pueblos vencidos.

—Los autores españoles que florecieron durante la monarquía gótica, pertenecen esclusivamente á la baja latinidad. Justiniano, Elpidio, Justo, Nebridio, Agripio, Luciano, Severo, Eutropio, Leandro, Juan Biclarense, Fulgencio, Máximo, Isidoro, Balgasano, Sisebuto, Artuago, Paulo Emeritense, Braulio, los dos Eugenios, Fructuoso, Hldefonso, Orencio, Tajon, Juliano, Valerio; todos escribieron en latin.

—Recomendamos á nuestros suscritores la España pintoresca de Van-halen, la que se suscribe á 4 rs. la entrega en el depósito de bellas artes, calle del Príncipe, n. 14.

En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos.

MADRID, 1843: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.